

POPULISMO CLÁSICO Y RÉGIMEN PRESIDENCIAL EN AMÉRICA LATINA

Éric Gutiérrez Rojas

Al final de la Primera Guerra Mundial ocurre la crisis del liberalismo en el mundo y también en América Latina. Es una crisis del liberalismo político primero con el ascenso de los regímenes fascistas y autoritarios, en 1922 Mussolini en Italia, Hitler en 1933 y Franco en 1936. El comercio mundial decayó un 50% y en 1929 inicia la gran depresión económica, por lo que se torna también en una crisis económica del capitalismo. Existe grantemor en el mundo durante el primer tercio del siglo XX. La Revolución Bolchevique de Octubre de 1917, la primera revolución comunista de su tipo en el mundo, despierta la preocupación de las élites gobernantes mundiales y de los sectores económicos hegemónicos de que sus valores tradicionales: “propiedad privada”, “democracia parlamentaria y pluripartidismo”, “capitalismo”, están en peligro. Se trata de una crisis del modelo político y económico del liberalismo político y del capitalismo económico.

En Europa, Hitler en Alemania, Mussolini en Italia y Franco en España, han instaurado dictaduras y han disuelto el sistema político tradicional, arremetiendo contra los comunistas y amenazando con una Segunda Guerra Mundial. Los sistemas democráticos son abatidos en esos países y se imponen dictaduras totalitarias, el nacional socialismo o nazismo en Alemania y el fascismo en Italia y España.

En América Latina surge un nuevo tipo de nacionalismo radical de derecha; un anti-liberalismo que culpa a los liberales de permitir el brote comunista mundial.

Ante el debilitamiento del liberalismo y el surgimiento de movimientos comunistas,

sindicales y políticos en América Latina, se teme que ocurran nuevas revoluciones tipo bolchevique en América, y por ello en Brasil, Argentina y Paraguay, la respuesta a los problemas de la época es configurar un Estado totalitario anti-liberal y poner al frente un líder carismático que dirija a las masas e introduzca aparentes revoluciones populares dirigidas desde arriba. (Capelato 141-145)

Las políticas de masas impuestas en Brasil en las décadas de 1930 y 1940, estarán dirigidas por Getulio Vargas, quien se proclama Presidente desde 1930, pero gobierna cuatro veces (1930-1934; 1934-1937; 1937-1945; 1951-1954), para un total de 17 años. En Paraguay se instala Rafael Franco, desde 1936 hasta 1937 (luego gobernarían Félix Paiva de 1937 a 1939, José Félix Estigarriba de 1939 a 1940, Higinio Moringio de 1940 a 1948; Federico Chaves de 1949 a 1954, y Alfredo Stroessner, quien gobernaría desde 1955 hasta que fue derrocado el 3 de febrero de 1989) y en Argentina Juan Perón de 1945 a 1955.

El “populismo clásico” en el Cono Sur se atribuye a la era de Vargas en Brasil (1930-1954), al gobierno del Coronel Rafael Franco en Paraguay (1936-1937) y al gobierno del peronismo en Argentina (1945-1955). A esta etapa se le ha denominado Populismo Clásico, que es el surgido a partir de 1930 con estos tres gobiernos en el cono sur y se le agrega el de Lázaro Cárdenas en México (1934-1940), para diferenciarlo del “populismo temprano”, o inicial, con Batlle en Uruguay, Irigoyen en Argentina y Alexandri en Chile, todos anteriores a 1930. (Blas Zurbiria Mutis, p. 4).

El populismo es una expresión que se utiliza para señalar a un variado conjunto de regímenes y movimientos políticos que logaron incorporar las masas a la vida política

en el marco de una crisis clara de los sectores oligárquicos. Se caracteriza por la aparición de un líder militar carismático que sustituye al tradicional dirigente político o civil de las élites. Este líder carismático invoca el nacionalismo e incorpora a las masas excluidas tradicionalmente por los sistemas oligárquicos latinoamericanos mediante una serie de medidas atípicas para la época y que se traducen en ciertos beneficios sociales. Este “populismo clásico” de 1930-1950 lo podemos denominar de “derecha”, para diferenciarlo del posterior populismo de izquierda, que surge a partir de los 90, y que también se le llama “progresismo”.

El populismo clásico latinoamericano desarrolla, a partir de 1930 y en el periodo de entre guerras, su propio concepto de Estado nacionalista en el que el Estado oligárquico es sustituido por un periodo determinado. Se caracteriza el Estado por ser intervencionista, desarrollista. El orden oligárquico enfrentaba una crisis de crecimiento, participación, legitimación y distribución, y el populismo respondió a esa crisis con la industrialización, la beneficencia estatal, la movilización de los trabajadores y el apoyo de las masas al gobierno (Blas Zubiria Mutis, p. 6).

En México, Cárdenas nacionaliza las compañías petroleras, en 1938, Perón los ferrocarriles en Argentina en 1949 y Getulio Vargas crea Petrobras en 1953. Estos eventos sin duda, no se pueden explicar sin entender el debilitamiento de las oligarquías nacionales, derivado de las guerras mundiales y de la Gran Depresión, lo cual dio lugar a un nuevo Estado Capitalista, pero que se proclama como “Revolución Social” para competir con la Revolución Bolchevique, pero no en un sentido real, de transformación de la estructura productiva y el régimen capitalista, sino como una reforma legal para introducir beneficios laborales. La “revolución social” implica la ruptura con el viejo

liberalismo o los “modelos importados”. En Brasil se caracteriza por anunciar la transformación de la sociedad agraria y rural en una nascente sociedad industrializada y unificada. Para ello se requiere “orden y progreso”, dice Vargas, ya que solo un Novo Estados Fuerte y autoritario es capaz de llevar a cabo los cambios que se requieren.

Estos gobiernos podrían considerarse representativos de una “revolución pasiva”, término introducido por Antonio Gramsci, en los “Cuadernos de la Cárcel”, para denotar un proceso de concesión de beneficios sociales a la clase obrera sin implicar una verdadera revolución de clase social, es decir, una revolución de arriba hacia abajo. Las masas sienten que está ocurriendo una verdadera revolución, aunque simplemente es un reajuste en el rompecabezas del tradicional ejercicio del poder capitalista.

Por ejemplo, Rafael Franco en Paraguay en 1936 proclama una “Revolución Social”, e instituye la casta militar en el poder en lugar de los tradicionales políticos de los partidos liberal y colorado. Efectivamente la labor de Franco es recordada por haber introducido cambios importantes en el Estado Paraguayo, creando un verdadero Estado Benefactor. Creó el Ministerio de Salud Pública y Bienestar Social, fijó la jornada laboral de 8 horas diarias, el pago de los salarios en efectivo, el descanso dominical obligatorio, promulgó el Estatuto Agrario de Distribución de Tierras a los Campesinos y de control del latifundio y se crea el Ministerio de Trabajo. (Bernardo Neri Farina, p. 392).

Lo mismo puede decirse de Argentina y Brasil. El régimen justicialista argentino ofrece trabajo, paz, justicia y bienestar. Para el peronismo el comunismo es opresión, el capitalismo es explotación y el peronismo es justicialismo. Es el surgimiento del concepto de justicia social peronista (Capelato, p. 155). Entre las obras de Perón se mencionan la

ya indicada nacionalización de la industria ferroviaria, la nacionalización de los puertos, la telefonía, el gas de consumo doméstico, también logró poner en marcha plantas siderúrgicas hidroeléctricas. Además, llevó acabo obra social dotando de vivienda a miles de personas y construyendo miles de escuelas.

Por su parte, Getulio Vargas llevó acabo importantes obras caracterizadas por un intervencionismo estatal en la economía, lo cual provocó una fuerte industrialización. Asimismo, creó varias empresas estatales, su lema era “orden y progreso”. También logró promulgar importante legislación laboral. La ideología del Estado Novo era introducir una reforma política capaz de promover una democracia autoritaria que generara progreso económico y orden en la sociedad. (Capelato, p. 158).

Todas estas reformas en parte son posibles gracias al líder carismático que mueve a las masas: Vargas, Franco, Perón. Todos ellos invocan el nacionalismo, el sentimiento de pertenencia a una tierra grandiosa. Se acude a la pasión de las masas gracias a la “generosidad” del líder, “Brasil es una gran familia feliz”, diría Vargas. El jefe es descrito con atributos altamente positivos, que lo transforman en un ser especial, predestinado para una misión redentora. (Machado, p. 257).

Siguiendo a Weber, podemos considerar que el populismo clásico latinoamericano se enmarca dentro de los tipos ideales de dominación; particularmente el que él llama el sistema basado en la dominación carismática (Diego Abente Brun, p. 17), donde los líderes son vistos como la encarnación de la divinidad en la tierra y para lo cual estos líderes acuden a todo tipo de liderazgos basados en la manipulación de masas y la utilización de signos, simbolismos y propaganda subliminal. Existía además la influencia

del fascismo y del nazismo europeos que propiciaban estos mismos modelos de control de la opinión pública y que servían a los caudillos latinoamericanos para inspirarse, muchos de los cuales visitaron Alemania, España e Italia, antes de la segunda guerra mundial y quedaron impresionados por el control político sobre las masas.

Todos estos regímenes populistas –que rompen con el modelo del liberalismo previo, más conservador en su relación con las masas, donde dirigían los intelectuales, los liberales, los civiles, pero en el fondo para beneficiar económicamente a las oligarquías–, son considerados autoritarios, y para ello requieren de un jefe que sustituye a los tradicionales partidos políticos del liberalismo, los cuales son literalmente prohibidos. Este jefe de los populismos clásicos practica un ejercicio del poder individualmente y rompe con el rígido Estado de Derecho del liberalismo, donde reina en teoría la separación de poderes, el pluripartidismo parlamentario, la alternancia en el poder ejecutivo, las limitaciones al poder del gobernante. Se afirma la incapacidad de autonomía de las masas; ellos no tienen vida propia, solo existen por medio del líder. Aunque en Brasil y Paraguay lo común es la represión política, los golpes de Estado, la violación sistemática de los derechos humanos, el caso del populismo peronista es diferente porque sí respeta los procesos electorales y los derechos humanos. Franco y Vargas instauraron regímenes totalitarios, inspirados en el fascismo y en el nazismo, lo cual facultó su política autoritaria. Pero Perón no pudo hacer lo mismo, porque cuando él llega al poder, ya los dictadores han sido derrotados en Italia y Alemania.

A pesar de la indudable presencia del líder carismático en los populismos clásicos, este no es el elemento central que caracteriza a la década de los años 30 y de los años 40. Implícita en la crítica al liberalismo político, está presente la estrategia regional bien

planificada de abolir el Estado de Derecho, emulando a los dictadores europeos. Conscientes de la amenaza comunista gracias al triunfo de la Revolución Rusa en 1917, las oligarquías latinoamericanas se redefinen transitoriamente, en el cambio de marco político –implementación del autoritarismo y del totalitarismo– y en el cambio del marco económico –promoviendo políticas innovadoras de cambios social y económico moderado–, como el establecimiento del salario mínimo, la jornada laboral máxima de 8 horas diarias, el descanso dominical; es un verdadero reemplazo del estado oligárquico que se consolidó en América Latina a mediados del siglo XIX. Sentó las bases para un Estado capitalista dependiente con una modalidad desarrollista burgués. Estado Fuerte presente en todos los ámbitos, redistribución de la riqueza “hacia adentro”, carácter policlasista de las reformas, industrialización y movilización de las masas. (Zubiria Mutis, p. 6).

No obstante lo anterior, las figuras carismáticas y manipuladoras sudamericanas del “populismo clásico”, todos ellos militares, crearon condiciones para la perpetuación de las siguientes dictaduras en la región; donde destaca la de Stroessner en Paraguay (34 años en el poder), Videla en Argentina (1976-1981), Pinochet en Chile (1973-1990). Los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, seguirán pues siendo de gobiernos totalitarios, pero menos enfocados en las políticas de masas. Las dictaduras del populismo clásico que habían llegado al poder mediante golpes de estado, pero presentándose como procesos “revolucionarios sociales” para rescatar a los pueblos, ahora a partir de los años 50, 60, están envueltos en la Guerra Fría y ejercen una brutal represión contra todo tipo de oposición y dejan a un lado la anterior política de masas. Ahora se promueve la doctrina de seguridad nacional a partir de los años 50 en alianza

con Estados Unidos. Se enfatiza en la Guerra Fría y en la defensa de la civilización “cristiana y occidental”, apelando a elementos viejos como la doctrina geopolítica de los espacios vitales que subraya la importancia del control de las fronteras circundantes. (Diego Abente).

Para consolidar el éxito de las dictaduras militares se puso en marcha posteriormente la operación Cóndor, que fue un plan de coordinación de acciones y mutuo apoyo entre las cúpulas de los regímenes dictatoriales del Cono Sur, de Uruguay, Chile, Argentina, Brasil, Paraguay y Bolivia, con los Estados Unidos, siendo el jefe del Departamento de Estado estadounidense Henry Kissinger, a quien se le considera el autor intelectual. El propósito, además de sojuzgar, encarcelar y torturar por todos los medios posibles a los opositores, fue llevar acabo en las décadas de 1970 y 1980 la instalación en la región de un plan económico neoliberal, buscando dismantelar el rol que los populistas clásicos de los 30 y 40 habían asignado al Estado como Estado Intervencionista o Benefactor, con un papel activo en la vida pública y el desarrollo económico de la nación, empoderando nuevamente a los empresarios tradicionales, bajo la filosofía del “neo-liberalismo”, que ninguna relación tiene con el concepto tradicional de liberalismo político. El proyecto operación Cóndor, fue una organización clandestina internacional, un escuadrón de la muerte multi-estatal integrado por Uruguay, Chile y Argentina básicamente; un terrorismo de Estado para desaparecer, torturar y asesinar a miles de opositores a las mencionadas dictaduras, siendo la mayoría de ellos miembros de organizaciones de izquierda. Los llamados “Archivos del Terror”, hallados en Paraguay en 1992 dan la cifra de 50.000 personas asesinadas, 30.000 “desaparecidos” y 400.000 encarcelados. (Alfredo Boccia, Myriam González y Rosa Palau, p. 275).

Recientemente “The New York Times”, el 12 de abril del 2019 ha revelado un reporte de la CIA de 1977, recientemente desclasificado, y que ha sido entregado por el gobierno de Trump al gobierno de Macri en Argentina en el que se aportan miles de reportes de torturas y desaparecidos.

Después de lograr su objetivo, estas dictaduras van cediendo poco a poco a cambios democráticos entre la caída paulatina de las dictaduras y posteriormente un resurgimiento de un nuevo populismo, pero de izquierda. Pero esta vez, este populismo, también llamado “Progresismo”, se instala en Venezuela, con Hugo Chavez, en Brasil con Lula, en Argentina con Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, en Ecuador con Rafael Correa, en Bolivia con Evo Morales en Bolivia, en Uruguay con José Mujica y en Paraguay con Lugo.

Dice Svampa: “Más allá del lenguaje de guerra, lo propio del populismo es la consolidación de un pacto de gobernanza en el cual conviven –aunque de manera contradictoria– la tendencia a la inclusión social con el pacto con el gran capital... Por otro lado, la forma histórica que asume el populismo en la región latinoamericana, es la subordinación de los actores colectivos al líder... Los populismos latinoamericanos del siglo XXI, tendieron a la inclusión social, de la mano de un lenguaje nacionalista y de solidaridad regional, y no de la xenofobia o el racismo que ha caracterizado al populismo europeo o norteamericano. (Svampa, p. 62).

Los diferentes gobiernos progresistas modificaron la dinámica socio-política de los gobiernos dictatoriales precedentes, logrando disminuir la pobreza mediante políticas sociales, con aumentos salariales y mayor participación del Estado en algunas áreas

tradicionalmente reservadas a la empresa privada. Sin embargo, no modificaron el modelo de desarrollo económico, persistieron la concentración económica, las desigualdades sociales y el acaparamiento de tierras. Asimismo, las reformas tributarias han sido tímidas, no logrando modificar las grandes evasiones fiscales típicas del gran capital, que no aportan a las finanzas de la nación y por ende a una mejor distribución de la riqueza.

La “sorpresa” caída de Lugo en Paraguay en 2012 gracias a un golpe de Estado dirigido desde el Congreso (sustituido luego por un pariente de Stroessner), el debilitamiento Chaces en Venezuela y del P.T. en Brasil, y la llegada al poder del ultraderechista Bolsonaro en Brasil y del neoconservador Macri en Argentina, así como el fin del mandato constitucional de Correa en Ecuador, empieza a generar un escenario sudamericano, de franca disputa entre los gobiernos progresistas que se aferran al poder y los nuevos gobiernos de derecha ahora denominados neo-cons, que intentan un regreso al pasado.

¿Por qué han estado fracasando los gobiernos progresistas o populistas del siglo XXI? Porque aunque han obtenido mayoría electoral, no han logrado convertirse en sujeto social (p. 28 Rocco Carbone – Lorena Soler). No aprendieron la lección impartida por Gramsci de que no basta ejercer la contrahegemonía para ganar y llegar al poder, si los grupos subalternos no están preparados mediante la creación de sus propios intelectuales orgánicos de crear una estructura paralela capaz de sustituir a la vieja clase capitalista. (Gramsci, p. 1984).

Y uno de los fenómenos que representan esa ausencia de poder, estando en el

poder, puede verse en el ejemplo del golpe de Estado a Lugo, desde el Parlamento, donde no contó con ningún apoyo de los congresistas. Y este es el problema de los populistas del siglo XXI, que conquistan el poder a partir de una figura carismática, como los populistas clásicos, pero no tienen su propia burocracia de apoyo o suficientes dirigentes imbuidos de una nueva cultura contrahegemónica. Esto no significa que Lugo no tuviera el apoyo del pueblo, como lo confirmaron las encuestas (p. 27 Rocco Carbone – Lorena Soler), sino que la clase política seguía leal al stroessnerismo, como suele suceder con todas las burguesías y clases políticas latinoamericanas, que están envueltas en un matrimonio de vieja data y la llegada a la presidencia de un líder de izquierda, no implica un cambio de toda la estadolatría oligárquica, que continuará en las mismas manos mientras la sociedad civil no se transforme culturalmente. Los progresismos del siglo XXI pecan de gran ingenuidad. Lo mismo dicho sobre Lugo puede afirmarse sobre Lula y Dilma en Brasil. Quizá la excepción ha sido Venezuela, gracias a una preparación política larga y profunda de Hugo Chaves sobre el tema del poder capitalista.

La nueva estrategia de los neo-cons resulta clara: desprestigiar a los líderes de izquierda acusándolos de corrupción o de políticas que empobrecen al país. ya la táctica del golpe militar violento es cosa del pasado. Ahora se criminaliza la lucha social (Rocco Carbone – Lorena Soler), se judicializa la política, se desprestigia a gobernantes electos democráticamente. Los lazos entre el capital nacional y el capital extranjero son antiguos y fuertes, y no van a permitir una disminución de sus negocios por culpa del “progresismo del siglo XXI”, así que se destituyen estos líderes utilizando nuevos métodos y agentes: el Congreso, el Poder Judicial, la prensa, etc. esta propaganda difamatoria es tan efectiva

en la mayoría de las mentes simples, que no solo logran destituir a los populistas del siglo XXI, sino imponer de nuevo a la tradicional derecha. Ahora los militares visten traje entero, como Bolsonaro. Es una nueva cruzada por el cristianismo, por la “democracia” y por salvar las economías locales ante la “incapacidad” de los nuevos gerentes de la Cosa Pública. y para lograrlo compran dirigentes como el vicepresidente de Venezuela, Lenin Moreno, para encarcelar al fundador de Wikileaks, Julian Assange y silenciar las atrocidades del gobierno y del ejército de Estados o judicializan la política para acusar penalmente a Dilma Rousseauf y Lula de falsos cargos de corrupción, porque saben que son dirigentes populares y que ganarían las elecciones.

No hay duda de que no existe prueba de que Lula y Dilma estuvieran involucrados en actos de corrupción. Pero si está demostrado que la campaña publicitaria para que dimitiera Dilma y fuera arrestado Lula, donde está en confinamiento solitario y ni siquiera se le permite leer, y todo el lobby que le acompañó estuvo dirigido en 2016 por los hermanos Koch, unos de los 5 hombres más ricos del mundo, interesados en desestabilizar el gobierno de Dilma y silenciar a Lula. Claramente los hermanos Koch financiaron la llegada del nuevo neo-con Bolsonaro “antiguo” militar. Estos mega-empresarios americanos del sector petrolífero y manifiestamente extremistas de derecha interesados en apoderarse de la capa de presal (pré-sal) donde están las grandes reservas de hidrocarburos de Brasil (Rodolfo Costa Machado, p. 16).

También los hermanos Koch son los compradores del petróleo venezolano y tienen mucho interés en la política venezolana.

La gran popularidad de Lula y su inmensa capacidad lo llevaron a la cárcel, ya que

desde ahí se aseguraba la ultra derecha neo conservadora de Bolsonaro que no volvería a influir en las masas. Me recuerda lo que el fiscal del proceso penal contra Antonio Gramsci dijo cuándo lo juzgaron y condenaron durante la dictadura de Mussolini, simplemente por ser miembro del Partido Comunista Italiano: “Tenemos que impedir que ese cerebro piense durante los próximos veinte años”.

China, Rusia y Estados Unidos, mantienen fuertes intereses en la región y como los gigantes económicos y militares del mundo, pujan cada cual para su lado, intentando unos sostener a unos regímenes y otros desplazar a los otros regímenes.

Lo que sí está claro es que el siglo XX y el siglo XXI en América Latina, particularmente durante el proceso de los populismos clásicos y de los populismos del siglo XXI, muestran la continua ausencia de procesos democráticos. El rompimiento con el antiguo liberalismo político y el culparlo de todos los males, implica también cuestionar uno de los elementos esenciales del liberalismo: la democracia. Si la derecha populista intervencionista de los 30-40, los regímenes militares desde los 50 y los populistas progresistas y neoconservadores del siglo XXI, tienen algo en común es la persistencia del uso de un líder carismático, sea de izquierda o de derecha, como figura autoritaria necesaria para interrumpir el funcionamiento del Estado de Derecho e inutilizar el Congreso como órgano político. La cultura de estabilidad del régimen de partidos políticos que fue característico del siglo XIX y parte del siglo XX, como los partidos colorado y liberal en Paraguay, Partido Nacional y Partido Colorado en Uruguay, ha desaparecido. Hoy gobierna por ejemplo en Paraguay el yerno de Stroessner, después de diez años de efímera democracia. Fueron diez años en Paraguay de un montaje “democrático” en el que se hizo creer a la gente que existía un verdadero Congreso.

El anterior fenómeno populismo/jefe carismático, típico de América Latina, nos hace pensar en el modelo de gobierno de la región. América Latina es el único continente del mundo cuyos países tienen régimen presidencialista en lugar de régimen parlamentario. También es el continente más desigual, ingobernable y corrupto del mundo (Juan Linz). Detrás de la figura del presidente latinoamericano, que siempre es un líder carismático, un manipulador de opinión pública, un “show man”, que se las pasa apelando a los sentimientos y a las pasiones de los subalternos, típicamente hombres – masa, hombres – simples, como los definió Antonio Gramsci (Antonio Gramsci), no existe un régimen de partidos políticos consolidados, como en Europa. El presidente latinoamericano no ha sido ni es el resultado de un proceso político partidista. La gran diferencia entre América Latina y el resto del mundo es que el presidente es electo por las masas y no por el congreso, como en Europa. Esta particular situación facilita inmensamente la manipulación constante de los candidatos presidenciales, por parte de fuerzas ocultas que obligan al presidente a gobernar en una dirección determinada, a diferencia del Primer Ministro en el sistema parlamentario que es el político más vigilado del país. Este sistema fomenta una cultura caudillista; incita a prolongar indefinidamente los regímenes presidencialistas con artimañas legales, golpes de Estado, continuismo basado en reelecciones sucesivas, cuestionables gracias al protagonismo solitario del presidente. Es decir, en América Latina los partidos políticos están ausentes, subsisten como meras estructuras formales manejadas por el líder; mientras que en la democracia parlamentaria europea, los partidos políticos eligen al jefe de gobierno, ya que se trata siempre de un diputado electo por el Congreso.

El alemán Robert Michels, un alumno de Max Weber, en su obra “Los partidos

políticos”, de 1910 (Robert Michels), señala que “es inconcebible la democracia sin organización”, ya que constituye el único medio para llevar adelante una voluntad colectiva, establece que el líder siempre busca incrementar o mantener su poder a cualquier precio. Existe una imposibilidad mecánica y técnica de un gobierno directo. Las masas son apáticas, ineptas para resolver funciones por sí mismas. A mayor nivel de organización, la democracia tenderá por declinar. De allí que exista una “paradoja democrática”, no es posible una democracia sin organización, pero mayor organización destruye la democracia. Hay 4 consecuencias que derivan de un mayor nivel de organización:

1. El aumento del poder de los líderes.
2. La disminución del control político de las masas.
3. Una dependencia cada vez más ficticia entre el líder y las masas.
4. Una mayor burocratización de las funciones administrativas.

El liderazgo anula la democracia. Lo único que queda a las masas es estar sustituyendo un líder por otro, y esto solo lo pueden hacer los partidos políticos en un régimen de partido políticos, que sería la democracia parlamentaria, ausente en América Latina. La única forma de superar el Estado populista-demagógico es con la instauración de un auténtico régimen de partidos políticos, propio del Estado de Derecho que es herencia de la Ilustración y no del liberalismo, donde la política no gire alrededor de un líder carismático, sino de un sistema de pluralismo partidista, y eso sólo lo garantiza el régimen parlamentario, que sin duda, vendría a ser una posible solución a los regímenes de facto, al presidencialismo solapado. De hecho, lo primero que han hecho los líderes carismáticos cuando asumen el poder, es desconocer al Congreso, prohibir los partidos

políticos, eliminar los procesos electorales o amañarlos. Podría argumentarse en sentido contrario, que en Europa han empezado a aparecer gobernantes populistas nacionalistas de derecha. Esto ha sido así en parte por los problemas migratorios severos que ha tenido Europa recientemente, un problema coyuntural. Pero Europa sabe cómo resolver el problema político, a diferencia de América, donde los términos presidenciales son fijos e incluso existe la reelección. En Europa el Primer Ministro, si se desempeña de manera que no logra legitimidad de la mayoría, los partidos políticos, en el Parlamento, mediante alianzas o coaliciones, pueden, en cualquier tiempo, separarlo de su cargo, a diferencia de los Presidentes latinoamericanos, que tienden a inmortalizarse en el cargo.

Para concluir, podríamos agregar que si bien los gobiernos populistas han estado determinados por factores internacionales, como la Revolución Rusa, la depresión económica de 1929, el debilitamiento de las oligarquías nacionales, la Guerra Fría, ha surgido un nuevo orden político-económico internacional que ha promovido “revoluciones sociales” para evitar revoluciones estructurales, utilizando para lograr su propósito un rompimiento del orden constitucional, caracterizado por una suspensión del Estado de Derecho. Esta ha conducido a un cambio en la forma de operación normal del Congreso, que ha sido eliminado, suspendido, minimizado o utilizado por el presidente que suele ser un líder carismático que aparece como el milagroso salvador y el representante único y auténtico de las masas. Este fenómeno ha venido acompañado de una restricción del ejercicio democrático y del régimen pluralista de partidos políticos.

El régimen parlamentario se consolida en Inglaterra gracias a la guerra civil (1642-1648) entre parlamentarios comandados por Oliver Cromwell y las fuerzas reales leales al Rey Carlos I, quien fue acusado de traición y fue ejecutado públicamente en 1649

marcando el inicio en Europa de la consolidación del régimen republicano o Commonwealth. Posteriormente el parlamentarismo se consolidó en Inglaterra gracias a la “Revolución Gloriosa” de 1689, logrando la estabilidad constitucional. Posteriormente la Revolución Francesa de 1789 dirigida por las fuerzas jacobinas destronó el régimen monárquico y el antiguo régimen, marcando el inicio de la Edad Contemporánea al sentar las bases de la democracia moderna y del principio de la soberanía popular, que será el motor de las revoluciones de 1830, de 1848 y de 1871.

Habiendo sido América Latina hasta hace muy poco una colonia española, no siguió el régimen parlamentario – republicano típico de Inglaterra y Francia, donde el poder descansa en el pueblo. el modelo de régimen presidencialista presente en todo el continente americano es una de las causas básicas de nuestros populismos y de nuestros jefes autoritarios y totalitarios.

Sobre la tesis del sistema presidencialista como causa del populismo, bien ha señalado Blas Zubiria Mutis (Zubiria, p. 12):

“Pero, además hay que anotar el presidencialismo de los sistemas políticos latinoamericanos y el personalismo de la dinámica política del subcontinente, aunado a la debilidad de los sistemas de partidos y de los propios partidos políticos.

Sobre todo en una lectura en clave democrática, pues ambos grupos de características se relacionan fuertemente con las experiencias concretas de líderes populistas y plantean fronteras que deben ser tenidas en cuenta.” Para que exista populismo como fenómeno político es necesario que existe el líder populista, pero el líder populista no existiría sin un régimen presidencialista, que a diferencia del régimen

parlamentario, facilita institucionalmente la creación de la figura del líder carismático y su perpetuación en el poder.

BIBLIOGRAFÍA

Capelato, María Helena, Multidoes em Cena Papirus Editora, 1999.

Blas Zubiria Mutis. Populismo: concepto central del debate académico y político en América Latina. <https://revistas.ucr.ac.cr>, 2018.

Berbardo Neri Farina. El último supremo. El Lector, 2003.

Machado, Rodolfo Costa. Linhagens do autocratismo burgues no Brasil empresarios, militares e anticomunismo transnacional. In: Quinteros, Marcela C.; Santos, Jose F., dos (Org's) Coservadurismo, direitas e autoritarismos contemporâneos estudos de casos. Salvador: Sagga, 2019 (Prelo).

Svampa, Maristella. Crítica a los progresismos realmente existentes. In: Szalkowicz, Gerardo; Solana, Pablo (Camps). América Latina. Huellas y retos del cielo progresista. Buenos Aires: Sudestada, 2017.

Diego Abente Brun. El Régimen Stronista. El Lector. 25 de mayo y Antequera, mayo 2014.

Alfredo Boccia Paz. Myrian Angélica González. Rosa Palau Aguilar. Es mi informe. CDE.

Antonio Gramsci. Los intelectuales y la organización de la cultura. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1984.

Carbone, Rocco; Soler, Lorena (Eds) Franquismo en Paraguay. Buenos Aires. El 8vo Loco, 2012.

Robert Michels. Los Partidos Políticos. Recuperado de <http://socserv2socsci.mamaster.ca>